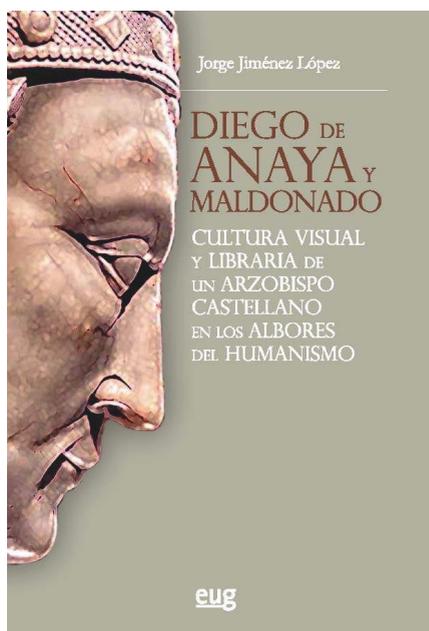


JIMÉNEZ LÓPEZ, Jorge, *Diego de Anaya y Maldonado. Cultura visual y librería de un arzobispo castellano en los albores del Humanismo*, Granada, Universidad de Granada, 2022, 180 pp. ISBN 978-84-338.

Si hay una idea que recorre la publicación de Jorge Jiménez, profesor en la Universidad de Zaragoza, es la cita de Italo Calvino “Toda lectura es una relectura”. Este estudio ofrece una relectura necesaria de un tema ya conocido que, sin embargo, adolecía de una revisión metodológica: la biblioteca del obispo salmantino y arzobispo de Sevilla don Diego de Anaya (1357-1438). A través de tres capítulos, Jiménez continúa la línea de su tesis doctoral defendida en 2019 en la Universidad de Salamanca, y se aproxima a aquella colección de volúmenes de la que queda constancia en la documentación. Tras un capítulo introductorio se tratan los inventarios contenidos en el manuscrito *Espanyol 524* (París, BGH), incluyendo su transcripción; mientras que en el tercer capítulo el foco es la relación del arzobispo don Diego de Anaya con su colección libraria.



El autor desarrolla en su introducción un conciso estado de la cuestión acerca del estudio de las bibliotecas medievales castellanas y en concreto de la biblioteca de Anaya, cuyos fondos están hoy en la Biblioteca General Histórica de la Universidad de Salamanca, procedentes originalmente del Colegio Mayor de san Bartolomé. La visión difundida por documentos de los siglos XVII y XVIII es la de Anaya como un bibliófilo prehumanista. Una visión que ha sido aceptada por la historiografía posterior, dejando de lado la documentación medieval. Otro problema que se ofrece a la hora de abordar esta biblioteca es que, a diferencia de otros

países, el nuestro adolece de un “estudio sistemático basado en parámetros metodológicamente equiparables que permita reconstruir la demografía libraria del otoño medieval ibérico”(p. 24).

Tras un análisis de los métodos de aquellos que han abordado la documentación de Anaya, Jiménez sostiene que cualquier investigación válida, al contrario de lo realizado con anterioridad, no ha de partir de unas conclusiones previas, como ha sucedido en el primer estudio de los inventarios de esta colección. Por ello, este libro aborda la biblioteca partiendo de la documentación medieval, así como empleando el soporte material de aquellos volúmenes conservados. Y es que el objeto también funciona como documento; por tanto, un estudio interdisciplinar que complemente ambos es el método más efectivo para llegar a conocer los valores del libro en relación con la personalidad de Diego de Anaya y con el papel que desempeñarían dentro del Colegio Mayor de San Bartolomé.

Partiendo de tal estado de la cuestión, en el segundo capítulo se proporciona una exhaustiva lección de método, llevando a cabo el estudio del patrimonio librario de Anaya desde la base. Jiménez recurre, precisamente, a la documentación medieval, al manuscrito *Espagnol 524* ( París, BNF) que recoge varios inventarios comprendidos entre los años 1433 y 1442. En este capítulo se trata, no solo de proporcionar una fidedigna transcripción de dicho inventario, sino de especificar pormenorizadamente cuáles han sido los criterios para esta transcripción en aras de realizar un ejercicio de sistematización del que carecían los estudios anteriores. Asimismo, se añaden apostillas a ellos, llegando a conclusiones como el almacenamiento provisional en arcones y no en estanterías, como sí sucede en aquellas bibliotecas de época Moderna.

El interés por precisar cada concepto y término es una constante del autor y está presente a lo largo del tercer capítulo, dedicado a entender la naturaleza de la colección en relación con las intenciones de Anaya, más allá de lo que expresan los exigüos inventarios. Frente a una realidad inerte acumulada en anaqueles, Jiménez recuerda el dinamismo de cualquier colección de libros, insistiendo en que cada relectura ofrece un matiz distinto. Este estudio escapa, por tanto, de otorgar significados únicos, holísticos y definitivos a la colección del arzobispo salmantino y trata de abordar las características específicas de cada volumen y documento. Así, cada libro de la colección responde a voluntades, usos y funciones concretos, distinguiendo tres unidades bibliográficas: la colección de don Diego, la librería colegial, y los volúmenes destinados a la sacristía.

A través de varios ejemplos seleccionados, Jiménez desgrana la relación de Anaya con sus libros. Los términos biblioteca, bibliofilia y mecenas pueden conducir a error y han de ser empleados con tino, siempre considerando su contexto

cultural y temporal concreto. De esta forma, el término “bibliofilia”, aplicable a un afán y retórica de lucimiento personal a través del patrimonio librario, es desmentido para el caso de Anaya. Atendiendo a la documentación, las mandas propias testamentarias del prelado podrían reflejar un desinterés por sus volúmenes, al legarlos al colegio, permitiendo su enajenación y venta; no obstante, el valor material y cuidada selección en cuanto a los libros litúrgicos que ornán su capilla destinada a su memoria personal, revelan otras preocupaciones.

En ciertos casos, se demuestra un gusto por el refinamiento de objetos tan preciados como los libros y que, además, se relaciona con los contactos inter europeos que mantenía Anaya. Este es el caso de un misal (Ms. 2758, BGH) del siglo XIII, de origen parisino, y de una copia del *Comentario a las Tragedias de Séneca* de Nicolás Trevet, (Ms. 2703 BGH), del siglo XIV, ambos de rica factura. La insignia personal de Anaya es clave a la hora de entender hasta qué punto deseaba que su persona fuese identificada mediante sus libros. Aunque no sea una constante en esta colección, sus armas sí están presentes en ciertos ejemplares, para lo que Jiménez emplea la expresión de “apropiación visual”, que demuestra el consciente interés y valoración, al menos de algunos códices. En cuanto a los textos, los volúmenes contenidos en el inventario revelan una vinculación con el pensamiento propio del contexto histórico y jerarquía cultural del prelado. Por ello, se encontrarán libros de índole jurídica, con autores vinculados a Aviñón, o volúmenes de historia. El valor de estos ejemplares reside en el contenido más que en su materialidad.

De todos los manuscritos citados, bajo el epígrafe *Un ejemplar con imágenes inquietantes*, se analiza un curioso hallazgo. Se trata de una copia del *Libellis de causis, statu, cognitione ac fine presentis scismatis et tribulationum futurarum* de Telesforo da Cusetia, (BGH, Ms. 2667) realizada en un taller peninsular. Su contenido textual y visual es susceptible de relacionarse con el contexto europeo del Cisma de Occidente y la difícil coyuntura castellana. Jiménez otorga especial peso a la imagen y procede a abordarla como efectivo instrumento de persuasión que se sirve de los recursos de la *mise en page* y del color para fijar los conceptos en los *loci* de la memoria. El “corpus de imágenes” al final recoge las ilustraciones de este manuscrito y permite comprobar cómo, a pesar de su simplicidad y tosquedad, las imágenes proféticas se disponen de manera visual, facilitando la contemplación de ciertas realidades que costaría más transmitir textualmente. Una vez más, frente a interpretaciones absolutas, Jiménez aboga por entender la “lógica de situación”. Al tratarse en este caso de un libro encargado por un prelado castellano inmerso en el Cisma de Occidente, es muy probable la posibilidad de que se incluyan referencias a ciertos personajes o situaciones de la coyuntura castellana, más si cabe, tratándose de un texto profético cargado de ambigüedad.

Por otra parte, rastrear la compra y encargo de todos estos libros y establecer la vinculación de don Diego de Anaya con un determinado taller de copistas se prueba difícil ante la falta de documentación y la escasez de códices iluminados. Sobre este punto, un apartado se dedica a una serie de códices que compartirían un mismo artífice, Pedro de Toledo, copista e iluminador. Mediante estos encargos, en la línea de R. M. Rodríguez Porto, Jiménez coincide en replantear el método de producción libraria en territorio castellano durante esos siglos, sugiriendo a través del ejemplo de Anaya, una colaboración puntual y una interdisciplinariedad de los copistas/miniatuistas, en los que destaca también su itinerancia.

En definitiva, a través de este enfoque multidisciplinar de Jorge Jiménez, la memoria del arzobispo Anaya en relación con su patrimonio librario, recibe en este trabajo una revisión y relectura que, frente a reduccionismos, plantea la amplitud de enfoques aplicables el estudio de las “bibliotecas”. Todo ello con gran precisión terminológica y fidelidad a los documentos originales de la época. Sin embargo, toda realidad es fragmentaria y los inventarios solo abarcan un breve espacio temporal, así que, como señala el autor, ninguna lectura es definitiva y cualquier nueva aportación podrá variar lo dicho en este volumen, sin mermar el ejercicio metodológico que constituye.

María Carrión Longarela  
Universidade de Santiago de Compostela  
<https://orcid.org/0000-0002-4190-129X>  
[maria.carrion@rai.usc.es](mailto:maria.carrion@rai.usc.es)